

nos la dio Antonio Rivera antes: es necesaria una formación cristiana de la conciencia de los españoles; dando un paso más, podemos decir que es necesario formar líderes, líderes católicos, formar apóstoles.

Como decía al principio, es cierto que la juventud española ha dejado de ser católica, pero no es menos cierto que todavía quedan algunos jóvenes católicos; tenemos que reconocer que pocos, pero esto no significa nada, pues menos eran los Apóstoles e hicieron la labor que Jesucristo les encomendó. Pues bien, muchos de estos jóvenes tratan de ser auténticos católicos, es así como surgen los movimientos juveniles católicos; algunos, los menos, logran mantenerse con vida; otros, los más, se hunden nada más nacer, si es que llegan a nacer, y esto último ¿por qué?, la respuesta puede ser que muchos de estos grupos se politizan, pierden su esencia, podríamos decir de nuevo que "para conquistar a España para Cristo hace falta una fuerza más penetrante e íntima que la de los partidos políticos, y que sólo reside en la Iglesia y en la unidad de fe de los españoles".

Speiro realiza una gran labor al formar a jóvenes en la doctrina católica y tradicional de la Iglesia; es imprescindible que esta labor no sólo continúe, sino que sea intensificada. Es necesario formar líderes católicos, formar apóstoles; esta es la respuesta a la actual situación de España.

Para Dios y para España se necesitan jóvenes católicos dispuestos a difundir estas dos grandes máximas: Dios y Patria, dispuestos a ser apóstoles y soldados entre sus compañeros, sus amigos y enemigos, para que todos vean que aún quedamos católicos españoles dispuestos para la santidad, templados en tono heroico y capaces de dar la vida por el perdón y la salvación de los españoles, para que así los jóvenes que sienten profundamente a Dios y a España y están aún dormidos, pierdan el miedo y se unan como apóstoles y soldados en la consecución y en la defensa de esa España que todos queremos, una Patria católica.

DISCURSO DE BENJAMIN CERVANTES

Honorable Presidium, amigos de la Ciudad Católica, en esta ocasión se me ha conferido el honor de dirigir a ustedes la palabra, agradeciendo su benevolencia.

Hoy nos reunimos para conmemorar la festividad de nuestro Santo Patrón, San Fernando, quien fue rey de Castilla y León.

En todas las épocas de la historia se han dado grandes personajes, pero la Edad Media es, sin duda, la que más grandes santos y personajes ha dado.

Fernando III de Castilla es un gran santo y un gran personaje de la Edad Media, su santidad la obtuvo con la rectitud de su vida como gobernante cristiano.

Hoy, no me propongo biografiar a nuestro Santo Patrón, sino extraer algunas enseñanzas de su vida, que sirvan de ejemplo para nuestra existencia.

En Fernando III de Castilla se dieron cuatro constantes, que fueron:

1. Su acendrada religiosidad.
2. Su vocación de reconquista.
3. Su anhelo de unidad de España.
4. Su deseo de no pelear nunca contra príncipes cristianos.

Desde su tierna infancia, Fernando III de Castilla adquiere una profunda religiosidad, que fue la norma de su vida, después de su milagrosa curación. Esa religiosidad fue la que santificó todos sus actos.

En cuanto a su vocación de reconquista, vemos que fue también desde pequeño un pensamiento sobrenatural en él, y que en su niñez le hizo soñar con grandes empresas guerreras contra el infiel; esta aspiración la convirtió en realidad una vez que adquirió la corona de Castilla, por cesión que su madre hizo a su favor.

España fue invadida por los musulmanes como consecuencia de la traición de un obispo y el resentimiento de un súbdito, pero, no obstante ello, los sufrimientos de España para expulsar al infiel no fueron estériles, los méritos que obtuvieron de ese sacrificio fueron el haber forjado una Patria, haber configurado una nación y haber templado el carácter español en la lucha, cuyos posteriores frutos fueron el descubrimiento y conquista de América.

La llamada sobrenatural de San Fernando a la reconquista hacía que él sintiera como un deber de conciencia el expulsar al infiel del territorio usurpado y ganarlo, no para satisfacer ambiciones personales, sino para dar mayor gloria a Dios, de quien se consideraba súbdito, como pruebas dio a lo largo de su vida, y aun en los últimos momentos de su existencia.

Pero la pasión por la reconquista se vuelve más intensa cuando adquiere la corona del Reino de León, y con ello se inicia para siempre la unión de España.

Cierto es que San Fernando no logró consumar la reconquista como era su ideal, en parte se debe a circunstancias fortuitas que se lo impidieron, siendo la muerte del arzobispo de Toledo, don Rodrigo de Rada, y la muerte de su madre, doña Berenguela, ambos eran los pilares en que San Fernando apoyó toda su obra.

En cuanto a la unidad de España, también debemos observar que él toma conciencia de la necesidad imperiosa de la unidad, así como de los inconvenientes de la existencia de muchos reinos, que motivan conflictos entre príncipes cristianos, y que retardan la reconquista.

Esta idea de unidad la tuvo siempre presente y la inicia cuando une las coronas de Castilla y León, quedando ambos reinos bajo un mismo cetro y una misma corona. Esta obra de unidad de España la concluyen los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando, posteriormente.

La idea de unidad era una aspiración de muchos reyes cristianos, pero fue San Fernando quien seriamente la sintió y realizó, y al morir hereda a su hijo Alfonso X el Sabio todos sus reinos, no cometiendo el error de sus antecesores de repartir los reinos entre sus hijos.

La unidad de España, San Fernando la va consolidando a medida que fue uniendo los nuevos reinos a su corona.

En la actualidad deben ser la religiosidad, la vocación de conquista y defensa de la unidad de España, las constantes de la vida de los españoles.

Todos los actos de nuestra vida deberán estar impregnados de religiosidad, siendo la vida de la gracia la que habite en nosotros.

La vocación de reconquista es otra constante que debe informar toda nuestra actividad, pues cierto es —había dicho antes— que España fue invadida por el infiel como consecuencia de una traición y del resentimiento; pues bien, hoy nuevamente, por la traición y el resentimiento, España está siendo asaltada por otros y modernos infieles.

Sea la vocación de reconquista la que mueva a España a luchar hoy con ánimo de cruzada, a obtener la victoria. Y considerando un deber expulsar a esos nuevos infieles de los puestos que usurpan en la sociedad, no para satisfacer orgullos personales o vanagloriarse, sino para dar mayor gloria a Dios, de quien, como San Fernando, también somos súbditos.

La unidad de España, que realizó San Fernando, se pone en entredicho, y, en la actualidad, se pretende romper. Y rota la unidad de España, la hispanidad también se desintegraría espiritualmente, pues dejaría de encontrar su origen común en lo que aún hoy se llama España.

Por eso se debe luchar y defender la unidad de España, que fue caro ideal de San Fernando, conscientes de que al defenderla se lucha también por la unidad espiritual y moral de Hispanoamérica.

Por último, hoy, en la festividad de San Fernando, pidámoste que interceda por nosotros y nos ayude a conservar su obra, ganada con un sacrificio ingente, y a perseverar en la lucha y que nuestro esfuerzo no se pierda en luchas estériles entre los propios cristianos (católicos).

DISCURSO DE JOSE ANTONIO G. DE CORTAZAR Y SAGARMINAGA

Verbo y Speiro, cuyo principal objetivo es la formación cívica y acción cultural según el derecho natural y cristiano, continúa, modesta pero incansablemente, su labor. En el seno de la Revista y de la Editorial siguen presidiendo las ideas con las que se lanzaron esforzadamente a la calle, y estos postulados sanos se mueven en un abanico amplio al servicio de la Religión y de la Patria. No hay nada monolítico en su andadura: en lo esencial, sí; en lo accidental, libertad, y, en todo, caridad.

Verbo, como una luminosa fragata, permanece en su rumbo empujada por el mejor de los vientos que no figura en las cartas marinas: el del espíritu. Speiro enriquece día a día el arsenal ideológico de una tradición válida, no sólo para nuestro tiempo, sino también para los años futuros, a los que entregará su glorioso relevo.

Vivimos nuestra fidelidad a Cristo, nuestra obediencia al Magisterio de la Iglesia, nuestra lealtad al derecho natural y cristiano. Esta es nuestra labor en el mundo de las ideas, de los sentimientos y de la acción. Tarea callada, casi insignificante para los ojos de muchos, en estos atribulados tiempos de demagogia irresponsable, de deserción y de autodemolición de creencias perpetuamente vivas. Pero no hay que olvidar que también existe una labor optimista y atrevida, con lógica y arrojo, que todo lo justifica, que es la del servicio de la verdad.

San Fernando, constructor de catedrales y de sueños, milita al frente de nosotros, más vivo que nunca. Como su Cruz y su espiritual espada. Sepamos servirnos de su heroísmo y su santidad que no se quiebran con las virutas del tiempo. Nos obligamos a ser dignos de su valor y de intentar apasionadamente, con la ayuda de Dios y de Santiago, acercarnos con constancia y trabajo a la maravillosa hoguera inextinguible de su inmortal capitanía.

No caigamos en el profundo error de la desesperación, del inmovilismo, de la vida no vivida de la que hablaba Rilke. La vida es entusiasmo, ímpetu, energía y, sobre todo, fe y amor. Pero todo, como San